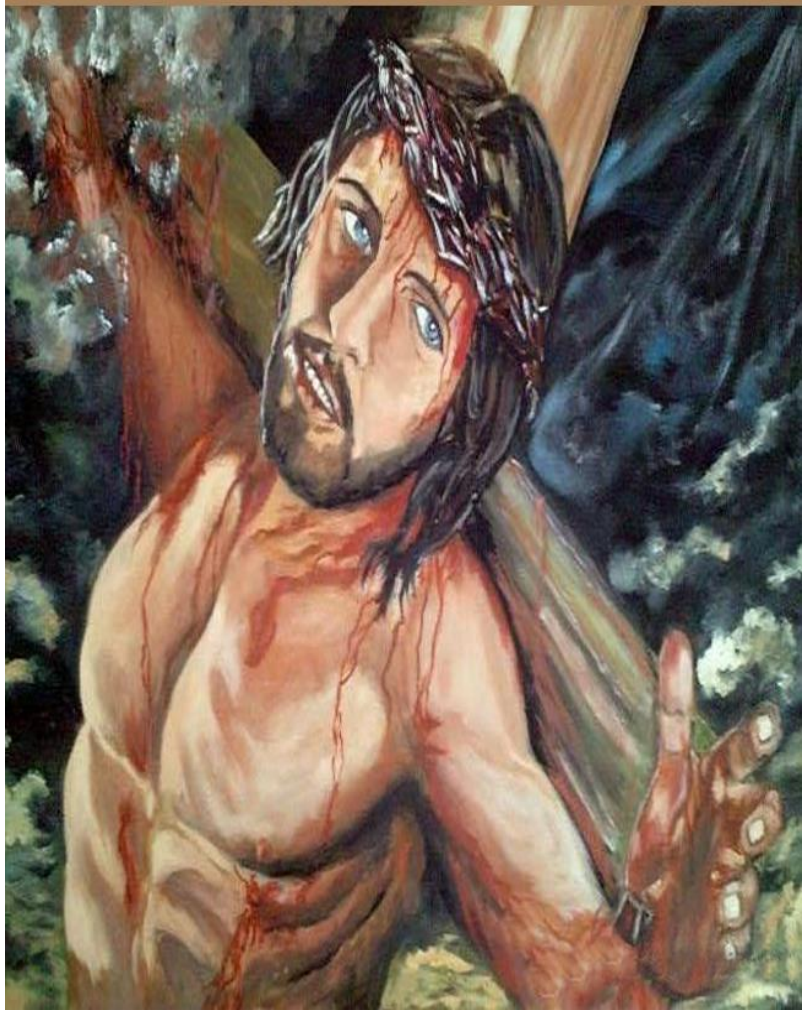


DIOS PERDONA EL PECADO
DE LA HUMANIDAD



DIOS PERDONA EL PECADO DE LA HUMANIDAD

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

71851

VISITAS PARA ESCUCHAR LOS LIBROS POR INTERNET

**TOTAL DE EJEMPLARES 935,000 REGALADOS
187 LIBROS**

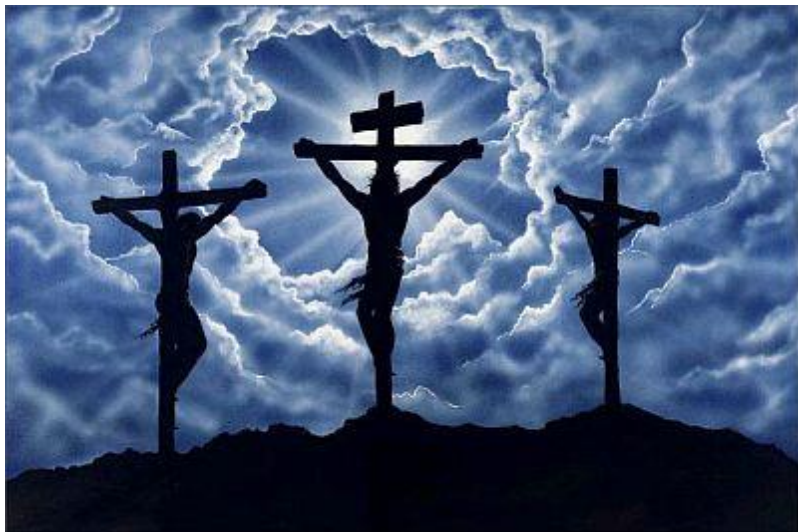
TOTAL DE VISITAS 71,851 Y LIBROS REGALADOS 935,000 = 1,006,851

Primera Edición

AGOSTO 2017

5,000 Ejemplares

DIOS PERDONA EL PECADO DE LA HUMANIDAD



Mucha gente comete el error de creer que Dios perdona sólo “pequeños” pecados - tales como mentir, enojarse, tener pensamientos impuros - pero no perdona “grandes” pecados - como el asesinato y el adulterio. Esto no es verdad. No hay pecado que sea tan grande que Dios no pueda perdonar. Cuando Jesús murió en la Cruz, Él murió para pagar el castigo por todos los pecados de todo el

mundo porque es un Dios amoroso. Cuando una persona pone su fe en Jesucristo para la salvación, todos sus pecados le son perdonados. Eso incluye el pasado, presente, y futuro, grandes o pequeños. Jesús murió para pagar el castigo por todos nuestros pecados, y una vez que éstos son perdonados, son perdonados para siempre.

Todos somos culpables de pecar y merecemos el castigo eterno. Jesús murió por nosotros, para pagar nuestro castigo. Cualquiera que cree en Jesucristo para la salvación es perdonado, sin importar los pecados que haya cometido. Ahora bien, es muy probable que un asesino o adúltero aún enfrente graves consecuencias (legales, relacionales, etc.) por sus malas acciones, mucho más que alguien que fue “sólo” un mentiroso. Pero los pecados de un asesino o un adúltero son total y permanentemente perdonados en el

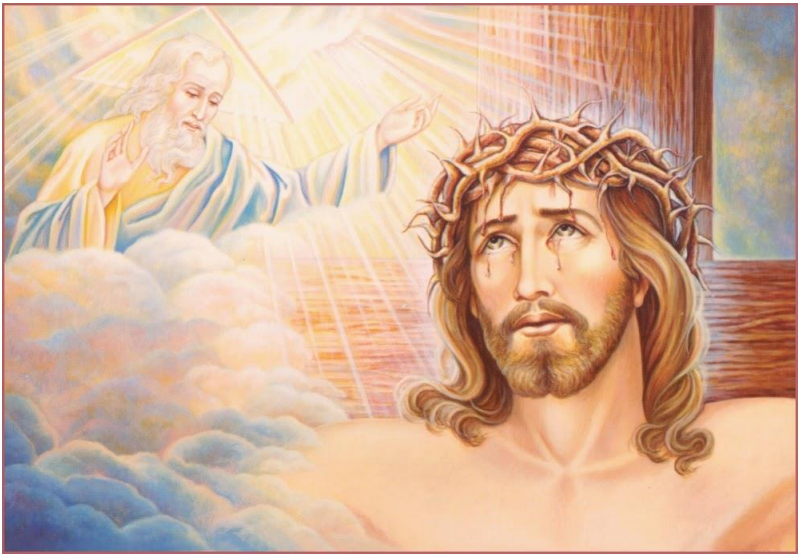


momento en que él (ella) cree y pone su fe en Cristo.

No es lo grande del pecado lo que está determinando aquí; es lo grande del sacrificio de redención de Jesucristo. Si la sangre derramada del Cordero de Dios sin mancha es suficiente para cubrir todos los pecados de todos los millones de gente que ha creído en Él, entonces no puede haber límite para el tamaño o tipo de pecados que cubra. Cuando

Él dijo “Consumado es,” se le puso fin al pecado. Por la expiación y satisfacción que fue ofrecida por Él, se obtuvo el perdón total, se hizo la paz, y se logró la redención de todos los pecados. La salvación es segura, cierta y completa; no se necesita más, o se podría necesitar, o añadir a ella. Además, la obra salvadora de Cristo fue hecha totalmente sin la ayuda del hombre, y no puede ser deshecha, ese gran amor y entrega perdura por la eternidad, para seguir perdonando nuestros pecados y alcanzar la vida eterna con el Padre.

En esta infinita Misericordia del Padre, en el sacrificio de Cristo, Hijo de Dios y del hombre que murió por nosotros, en la obra del Espíritu Santo que, por medio del ministerio de la Iglesia, realizó continuamente en el mundo “el perdón de los pecados.”



La muerte de Cristo se ha dado a favor nuestro como sacrificio por los pecados y dicha muerte se ha convertido en el “precio” de la redención humana.

Nosotros los cristianos usamos la expresión “redención” para indicar lo que Jesús hizo por nosotros: redimió o rescató a los seres humanos de la esclavitud del pecado.

Jesús entregó su vida como rescate por muchos, realizando la liberación esperada

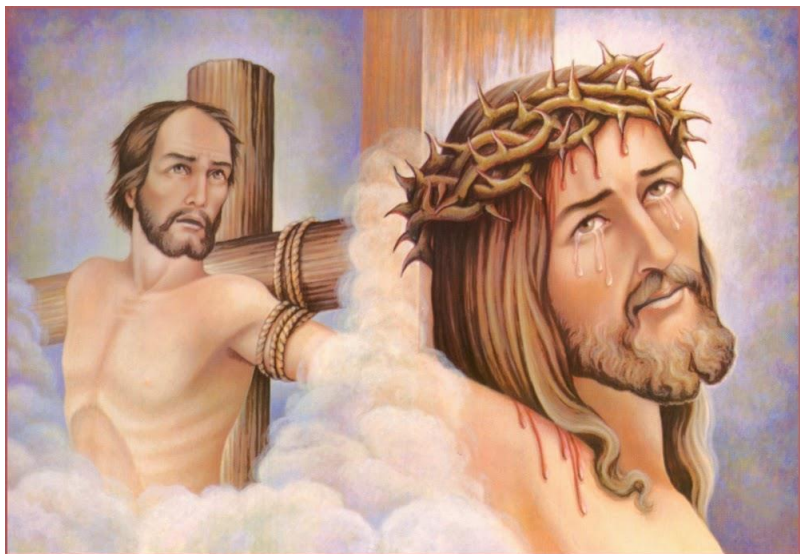
durante mucho tiempo. Y haciéndose Él mismo nuestra redención.

Jesús redime -rescata, libera, salva- a todos los seres humanos, a todos los hombres y mujeres sin distinción alguna. Y la redención que obtuvo Jesucristo para nosotros, tiene carácter de eternidad. Dicha redención también es perpetua y es definitiva.

“Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin manchilla”.

“Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados”.

El ser humano está esclavizado por el pecado y por la muerte; y no puede liberarse de eso por sí mismo.



Sin el sacrificio de Cristo el ser humano se vería eterna e inexorablemente atado a la muerte, o lejos de la Vida divina, la Vida eterna.

Jesús se hace hombre para que, como hombre, pudiera satisfacer el pecado del hombre y a la vez, como Dios, dar a dicha satisfacción el valor justo e infinito que se necesitaba ejerciendo así su justicia.

Y aunque Dios es amor también se “enfada” o se llena de “ira” o “cólera” ante el pecado. ¿Por qué Dios reacciona de esta manera ante el pecado del hombre?

Porque Dios conoce las repercusiones tan graves del pecado; repercusiones de las que no somos plenamente conscientes; Dios se ‘enfada’ por el daño que el pecado ha causado a su creación.

Dios ha permitido que la muerte (física y eterna) fuera, no digamos tanto, un castigo sino la consecuencia lógica derivada del pecado.

El hecho de que Dios, en su infinita sabiduría, no impida un “castigo” tan severo debería recordarnos, no que Dios sea, digamos, brutal, sino por el contrario, recordarnos que el pecado es algo muy trágico y duramente atroz cuyas nefastas consecuencias las constatamos hoy más que nunca.



Él se “enfada” porque es Santo; es decir la santidad de Dios implica hacer justicia perfecta ante el pecado original –por y con sus consecuencias-, porque también Él es justo.

El pecado y sus consecuencias (entre otras, la muerte eterna) no son ninguna tontería que pueda ser tratada a la ligera o ignorada.

Dios hijo, revestido de forma humana, derramó su sangre por el pecado del hombre, satisfaciendo por tanto toda exigencia de justicia santa. Y a través de esa sangre preciosa, Dios mostró que es a la vez “justo y justificador del que cree en Jesús”.

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos

amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”.

El mismo Jesús dijo: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”. “Dar a su Hijo” significaba entregarlo a la humanidad para que ésta fuera amada hasta el extremo.

Dios Padre ha dado a su Hijo para la salvación del mundo permitiendo su muerte de Cruz por los pecados del mundo, entregándolo por amor. El amor es la explicación definitiva de la redención mediante la Cruz.

Y Dios Hijo acepta LIBREMENTE su misión entregándose por amor. Y lo confirma cuando dice: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por la humanidad”.

Jesús por amor se entrega en manos de los hombres, Él se ofrece; no es que le quiten la



vida. Dar la vida por otro es amor, morir para que otro tenga vida es amor.

Dios ama al ser humano desde que éste fue creado y

Dios, como amante, desea entregarse al ser humano, identificarse con él o, mejor aún, quiere integrarlo a su propia vida.

La justicia y la misericordia se combinan en el plan de Dios a favor de la humanidad; el amor provee la “justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen”.

La santidad y la justicia de Dios también se combinan pues son partes inmutables de su Ser; Dios ejerce la justicia sobre el pecado y, al mismo tiempo, Él mismo ha cumplido ese justo castigo en la persona de su divino Hijo de modo que, sin violar su santidad, garantiza el

perdón y la justificación para todos los que creen.

Este texto nos dice que Dios Padre, por amor, nos ha elegido en Jesucristo, aun antes de la creación del mundo, para que estemos en su presencia santos y sin tachaduras como hijos adoptivos y nos ha bendecido en su Hijo.

Por tanto, la encarnación del Hijo de Dios no es, si se puede decir así, un plan B para restaurar un plan fracasado por el pecado original, sino que estaba ya prefijada en el diseño del plan de Dios desde siempre; es decir la misión de Jesucristo a favor de la humanidad ya estaba prefijada antes de los tiempos.

Y Jesús es consciente de la razón de ser de su entrada en la historia humana mediante la Encarnación, sabe que la finalidad de su vida es contemplada en el eterno designio de Dios Trinidad sobre la salvación.

ORACIÓN

Señor Jesús:

Tú que en la Cruz perdonaste a quienes te
ofendieron e injuriaron,
a quienes te causaron tanto dolor.

Enséñame a perdonar a quienes me han
hecho sufrir.

Dame la sabiduría de corazón,
para no guardar rencor a mis hermanos
y saber perdonar sus errores;
recuérdame, Señor que tengo que perdonar,
para que Tú me perdones,
ayúdame, Señor, a perdonar de corazón
a todos los que me han ofendido.
Por Jesucristo, Nuestro Señor.

AMÉN

